

UNA de las cuestiones que más preocupan al tratar de observar la densidad temática del cine español, es su manifiesta escualidez. Si repasamos someramente la historia del cine nacional a lo largo de dos lustros y medio, encontraremos un constante alejamiento de la problemática española. En estos films no se refleja cómo es el país, cómo y de qué viven sus hombres, qué problemas o qué grado de felicidad les ha tocado en suerte. Es un cine, en suma, que ha dimitido de su función cultural y social, que no ha tenido en cuenta su misión moral. Es un cine que ha tratado de rendirse a un reconfortante escapismo, a una halagadora comercialidad y se ha visto encerrado en su propia trampa: sin un sustrato mínimamente cultural, indefenso industrialmente, el cine español ha avanzado a trancas y barrancas, sin encontrar una auténtica definición y un sentido mínimamente coherente. Si hacemos un balance, si pensamos en lo que el cine nacional ha contribuido al conocimiento, a la comprensión de nuestro pueblo y de sus problemas, hallaremos unos cuantos títulos dispersos, desvinculados de una tradición y carentes de una continuidad, unos pocos títulos estimables que han tratado de explorar la realidad española para proponernos una actitud moral ante los hechos que nos ha tocado vivir. Pero al margen de estas honrosas y valiosas excepciones seguimos esperando un cine que nos exprese.

Recientemente se ha estrenado una película que no ha tenido demasiada fortuna en taquilla y cuya calidad deja bastante que desear: «Los elegidos». Pero no me interesa aquí hacer la crítica del film, sino tomarlo como punto de partida para examinar un aspecto deducible de lo expuesto al principio. La llamada «fiesta nacional» es un espectáculo de evidente popularidad en el país. Sin llegar a alcanzar el carácter definitorio de «los españoles» que los extranjeros la atribuyen, es incuestionable su raigambre ibérica y, a efectos cinematográficos, su plasticidad y posibilidades. Buena prueba de ello es la tentación que ha supuesto para escritores o realizadores extranjeros. Pues bien, el cine español, al abordar este tema, lo ha hecho de forma tangencial, sin encararse con las múltiples y sugestivas aristas que la fiesta de los toros comporta. En el Festival de San Sebastián del año pasado se programó un ciclo titulado «Toros y toreros en la pantalla», que era una buena oportunidad de revisar de un tirón films referentes a este apartado. Se observaba, en general, una tendencia a meterse de cabeza en el tópico, sin querer ver más allá, sin pretender abor-

dar en la sustancia dramática del festejo taurino. Ni siquiera en el aspecto espectacular se lograba reflejar el ardiente y colorista ambiente de los cosos taurinos. Sólo una película —«Tarde de toros», de Ladislao Vajda— trataba de evocar esta riqueza ambiental y lo conseguía a medias, con palmaria timidez. Desde la inefable «Maja del capote» —con la no menos inefable Estrellita Castro— hasta «Chantaje a un torero», de Rafael Gil, se ha tratado de mitificar la figura del torero aislándole de su circunstancia humana y social; se ha considerado el mundo de los toros como algo aparte, desvinculado de una realidad, no condicionado más que por su propio carácter trágico y ritual... La verdad es que «los toros» no han salido muy bien parados en el cine español, claro que, en esto, no hay sensibles diferencias con respecto a cómo han sido tratados diversos temas de la esfera nacional por nuestro cine...

Como siempre, las honrosas excepciones. Aunque «A las cinco de la tarde» resultase una película frustrada por otros conceptos, lo cierto es que la pretensión de Bardem quedaba a salvo: investigar el submundo de los toros, las torcidas especulaciones del negocio taurino, la explotación de unos hombres por otros más poderosos. A través de un examen no siempre lúcido y sereno, pero en el que existía una consciente desmitificación de la «fiesta» en su aspecto más superficial y brillante, el film sobrepasaba ampliamente los límites del «género» para entrar en la zona en que deben plantearse problemas de más amplia repercusión nacional. Y no se puede dejar de citar, por último, el mejor film que hasta el momento se ha hecho sobre este tema: «Toreros», del español Carlos Velo, realizado en Méjico. No se ha superado aún el nervio, la garra, la extraordinaria encarnadura dramática de esta obra que contaba, en términos resueltamente patéticos, con increíble habilidad y rigor, la odisea de Luis Procuna, el largo camino de un hombre hasta el pitón afilado de un toro. Como en el caso del film de Bardem, pero en el de Velo con mayor profundidad y perfección, «Toreros» llegaba mucho más allá del simple documental sobre la vida de un torero para convertirse en un excepcional documento sobre el coraje de un hombre que luchaba contra la miseria con las únicas armas que tenía a su disposición: el valor, el talento y la suerte...

En resumen, un tema más, un semillero de argumentos y de historias que prácticamente está virgen para el cine español. Esperemos...

JESUS GARCIA DE DUENAS

SIN
TOREROS
Y
SIN
TOROS...

¡FORMIDABLE ÉXITO!



gregory PECK • audrey HEPBURN



EDDIE ALBERT

Vacaciones en Roma

PRODUCIDA Y DIRIGIDA POR WILLIAM WYLER



RONTE - Publicidad - Libreros, 4 - Madrid

¡CLARO! ¡ES AQUELLA PELICULA TAN BUENA!

AUTORIZADA PARA TODOS LOS PUBLICOS